

Lupe Cajías:

Espacios para la resistencia

Creemos que es desde los dones de la naturaleza que podemos crear trincheras para una época que parece más de resistencia que de ofensiva. Es más difícil ahora tener certezas, y nos consuelan las intuiciones. Hay señales apocalípticas, los ritos son atacados desde diferentes flancos y los seres humanos han dejado de lado a los dioses y a sus antepasados. Hay más culpabilidad hoy para aquellos prometeos que se atreven a amar con intensidad, para aquellas hembras que gozan en comer y en parir, para aquellos que sienten placer en el vino, en el tabaco y en el baile.

Nosotros, quizá detenidos en el Siglo XIX, apostamos por el triunfo del amor, por la victoria del bien sobre el mal, y por la fuerza del espíritu, de la moral sobre el poder político y económico. Tenemos más fe en el decoro personal que en los bienes materiales que son parte de una concepción de vida, de un código personal.

(SEGUNDA DE TRES PARTES)

III. AFIRMACIÓN COLECTIVA

El desarrollo cultural en lo que ahora conocemos como Bolivia es una afirmación de colectividades que defendieron sus dioses y con ello su lengua, sus cultos, sus calendarios, sus costumbres, sus bailes, su música. Todo aquello que se resume en la palabra más subversiva: la fiesta.

Aunque hubo batallas, guerras, cercos y masacres, la resistencia y construcción cultural se centró en tomar los espacios públicos: el atrio de la Iglesia pueblerina, el cato de la producción agraria, la plaza y las calles urbanas.

En diferentes documentos de la colonia atesorados en el Archivo Nacional de Bolivia, en Sucre, uno encuentra referencias de aborrecimiento desde el poder a lo lúdico. Existe una condena temprana de los funcionarios a las prácticas paganas de consumir hierbas tramposas, como la coca o el tabaco.

Resumimos algunas descripciones de observadores como el Padre Bernabé Bobo o, siglos después, el visitador Francisco de Paula Sanz, y de otros para mostrar la hipócrita censura que se hacía las prácticas de acullicar, de fumar en círculos de iniciados, muchas veces con otras hierbas alucinógenas.

Se pueden rastrear las fiestas, las malas costumbres de embriagarse, fornicar y alegrarse, y a la vez las reacciones de la mirada occidental, civilizadora.

A principios del Siglo XX, por ejemplo, un comentarista decía para el pueblo minero de Corocoro, que las malas costumbres y las devociones a hechiceros y cerros dañaban a la población originaria. A mediados de esa misma centuria, las empresas inglesas que explotaban mineral querían la prohibición del consumo de alcohol que en las festividades patronales embrutece a los hombres y causaba mal a las mujeres. O, hace un lustro, la policía quería terminar con gases lacrimógenos el baile ritual de risa y muerte, que es el Tinku en el norte potosino, donde el zapateo terminará en una lid para sembrar la tierra con la sangre de sus hijos más jóvenes y valientes. Hace sólo dos años, la empresa capitalizadora de Huanuni quería enterrar al Tío y prohibir las ceremonias de alcohol y coca, los martes y los viernes. El Tío se rió de sus delirios y, como saben, esa empresa ha quebrado con que dientes destemplados.

Habría que esperar a una visión desde afuera, la que trajo el historiador francés Nathan Wachtel en los años 60 y a las contribuciones de la antropóloga Julia Elena Fortún para entender que toda aquella algarabía era en realidad la visión de los vencidos.

Wachtel asistió durante varios años a los preparativos y al desarrollo del Carnaval de Oruro, fiesta que acaba de ser declarada como Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad por la Organización para la Educación, la Ciencia, la Cultura y las Comunicaciones de las Naciones Unidas, UNESCO.

Wachtel se dio cuenta que la coreografía y la estética que invadía las calles de la ciudad más minera y más mágica de Bolivia, no era casual y que respondía a una profunda y compleja red donde estaban presentes elementos básicos de la cosmología andina y de su resistencia.

La complementariedad, la armonía entre la tierra, el subsuelo y el vuelo; la reciprocidad entre el que tiene riqueza y comparte con su compañero; la relación del hombre y la mujer, la fecundidad como don de los dioses, son las lecturas profundas de esas danzas. La lucha entre el cóndor y el toro representa la batalla entre los habitantes andinos y los colonizadores y, por lo menos en el baile, el cóndor gana y ridiculiza al torero, un bailarín simplón y sin el poder de la máscara. En fin, todo estaba ahí. Por ello daremos detalles de esa fiesta y de su momento actual.

Por su parte, la doctora Fortún sistematizó algunos estudios y versiones que ya habían sobre la original y sorprendente relación que se da en el centro de la fiesta, en el baile conocido como la "diablada", donde se enfrentan el bien y el mal. Sin embargo, aquel Lucifer, el Supay, es a la vez dueño de las riquezas mineras, dador de empleo y señor de los socavones.

La fiesta coincide con la festividad de la Virgen de la Candelaria, identificada con la madre Tierra Pachamama y que despierta gran devoción entre los andinos. Es a la vez la Virgen del Socavón y la defensora de los perseguidos, de las prostitutas, de los excluidos.

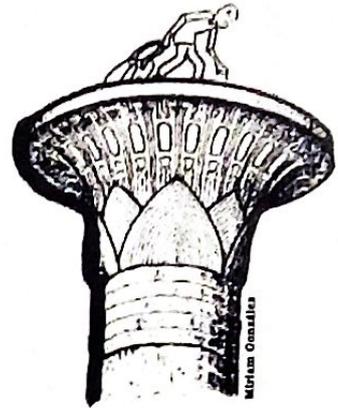
En los últimos 30 años, decenas de estudios han mostrado que esa y otras fiestas son las guardianas de la memoria colectiva, del culto a los antepasados y de la permanencia de una forma de hacer música, tejer vestidos, enamorar a las muchachas.

Es el arte escénico por excelencia, en plena calle, al aire libre.

Las investigaciones sobre el Carnaval coinciden con una etapa en la cual el contexto político social boliviano y latinoamericano volvía los ojos a lo propio, lo que originario o mestizo, hacía un lugar diferente a los demás.

Como otra paradoja, mientras el mundo se globalizaba y se homogeneizaba, en Bolivia se consolidaba una aculturación de abajo hacia arriba, donde el baile es la cuña de los vencidos para entrar en el salón de los vendedores.

Las fiestas patronales/agrícolas, que eran mar-



ginadas, tomaron el centro de la ciudad. Aquello que era una anécdota y apenas una noticia de tercera página, se convirtió en el titular de los medios de comunicación, desde los preparativos hasta el reventón. Los jóvenes que bailan rock, aprendieron a bailar como caporales o como tinkus; ambas son habilidades para lograr la socialización con los amigos.

El baile es el ladrillo que lleva todo boliviano, ahí donde esté, en Chicago o en Estocolmo. Antes de la oleada xenófoba contra los bolivianos en Buenos Aires, las primeras represiones fueron contra sus "prestos", que no se contentaban con la misa, sino que tomaban las calles y rompían el orden del tráfico y del trabajo y convertían a Santiago en el dios del trueno, Illapa, y a la Virgen María en Mamita de Copacabana.

Al mismo tiempo, y dentro de esa dinámica de reencuentros, se prestó atención a otras riquezas culturales, menos masivas, pero que también reflejan dominación, resistencia y coexistencia.

En la última década, el país ha descubierto un mundo semiclandestino que sobrevivía en los llanos. La recuperación arquitectónica de las iglesias de las misiones jesuíticas en el oriente boliviano, abrió una caja de tesoros: diseños, partituras, colores, tejidos. El Festival de Música Barroca que se celebra en esas estribaciones de la cordillera es encuentro de dos mundos, y muestra una frescura y una capacidad que hace pensar que los sueños son reales.

Nuevos estudios permiten conocer el rol de los hechiceros entre los grupos arawacas y otros de la selva, calificados hace menos de 30 años como "salvajes" y "chunchos". Es más, la humanidad entera reconoce que debe aprender de la resistencia de estos hombres y mujeres porque su idea de tierra/territorio y su relación con el bosque, pueden ayudar a salvar el planeta.

Por su parte, Bolivia aprende -no sin dolor- que aquello que en los años del positivismo se llamó "el problema del indio" es su principal identidad y riqueza.

(Continuará)